

Los límites de la espiritualidad cristiana: la espiritualidad de las sectas

Priscilio Ruiz Picazo
Presidente Fundación Veritas.. Párroco San José de Gandía

Análisis Situación Sectas en la Actualidad

Constatamos en los últimos años un sensible aumento del fenómeno de las “sectas”. En este crecimiento observamos que las sectas de carácter milenarista surgidas a mediados del XIX en Norteamérica, han incrementado considerablemente su actividad, en su afán de considerar nuevos adeptos, pero sin lograr aproximarse a sus expectativas.

En cambio comprobamos un muy considerable aumento de las sectas del “potencial humano”, enmarcadas dentro del ambiente de *New Age*. Están adquiriendo mucha fuerza los grupos que combinan técnicas hipnóticas y elementos de religiones orientales con psicología transpersonal y misticismo.

- El fenómeno del satanismo progresa muy lentamente, pero de manera más beligerante.

Las supersticiones, el espiritismo, el ocultismo, ritos paganos con la pretensión de dominar y entrar en armonía con las fuerzas ocultas de la naturaleza, están cada vez más presentes de manera habitual e incluso se presentan con carácter *científico*, Están teniendo cada vez más influencia. Y esto reclama una especial atención.

Las causas son diversas:

- de índole psicológico: **Inmadurez psicoafectiva**, inseguridad, angustia, miedo a la responsabilidad en la construcción de la sociedad.....
- de índole sociológico: **Crisis de la familia**, una sociedad en la que la familia aparece disgregada con un gran debilitamiento o pérdida de la fe en Dios, hace que el ser humano se encuentre desorientado intentando buscar la felicidad donde realmente no la hay. Búsqueda del bienestar material, miedo a la realidad social.....
- de índole religioso: La manera de vivir en ocasiones una **religiosidad despersonalizada** sin la suficiente proyección hacia la trascendencia. Es necesaria una asidua formación en la Palabra de Dios, una sólida piedad

(relación personal con Dios), una participación activa en la liturgia, una efectiva solidaridad en el campo social.

- El fenómeno de las “sectas” pone de manifiesto que el hombre de este fin de milenio sigue siendo profundamente religioso. Y cuando esa religiosidad, natural, ve dificultada su expresión en una auténtica y acrisolada experiencia religiosa, la represión de lo sagrado que anida en lo más profundo del hombre, puede dar lugar a expresiones de “religiosidad salvaje” llenas de deformaciones aberrantes.

LA ORACIÓN CRISTIANA

“*Así pues, habéis de orar: Padre nuestro...*” (Mt. 6, 9). La primera enseñanza de Jesús en el *Padrenuestro* fue que llamásemos Padre a nuestro Dios. Este primer sentimiento define y encauza nuestra oración, nuestra actitud en la vida para con Él. Dios quiere que le tratemos con entera confianza, como hijos pequeños suyos. Toda nuestra piedad se alimenta de este hecho: somos hijos de Dios. Si nos sentimos hijos, seremos auténticamente hombres de oración y tributaremos a Dios gloria, honor y alabanza, porque el trato del hijo con su padre está lleno de respeto, de veneración y, a la vez, de reconocimiento y de amor. De este modo, convertiremos nuestro corazón en verdadera fuente de amor al prójimo. Solo desde esta relación filial, nuestro corazón se convierte en verdadera fuente de amor a nuestro prójimo, llevando a nuestra vida cotidiana el mandato del Señor "que os améis como yo os he amado".

La filiación divina no es algo metafórico, no es simplemente que Dios nos trate como un Padre y quiera que le tratemos como hijos, sino que realmente el cristiano es, por la fuerza santificadora del mismo Dios, presente en su ser, hijo de Dios. El fundamento de la filiación divina está en la gracia, participación real de la divinidad. San Juan nos dice: “*Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios pues lo somos*” (1 San Juan, 3, 1). Este hecho es tan profundo que afecta al mismo ser del hombre, hasta el punto de que Santo Tomás afirma que por ella el hombre es constituido en un nuevo ser.

La filiación es una relación real que constituye a un ser vivo en hijo de otro ser vivo, de quien ha recibido la vida y con quien tiene, en consecuencia, identidad de naturaleza. Esta filiación divina natural se da en un grado eminente y único en Dios Hijo: «*Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos [...], engendrado, no creado; de la misma naturaleza que el Padre*». Pero Dios quiso comunicarnos esta paternidad, deseó que también los hombres fueran hijos suyos. Después de haber manifestado el amor divino en la obra de la creación, de nuevo expresó su amor a los hombres en una nueva creación. El cristiano ha recibido de su Padre Dios la vida divina con la gracia, de modo que goza de una participación de la naturaleza de Dios, con una relación real de hijo. Una relación que es profundamente existencial porque Cristo está vivo.

Y esta es la verdad más auténtica: ¡Cristo vive! Pero no vive en forma de recuerdo, ni de sentimiento... Cristo está tan vivo como lo está cualquiera de nosotros. Cristo no es un amuleto, ni un espíritu errante, ni una figura de madera o de mármol o escayola. Él vive con un cuerpo glorioso que es tan humano como el nuestro... ¡y es

Dios! Y sigue actuando en los sacramentos y con esa presencia real, con toda su humanidad y divinidad, en la Eucaristía.

Esta filiación es el fundamento de la libertad, seguridad y alegría de los hijos de Dios. En ella, el hombre encuentra la protección que necesita, el calor paternal y la confianza en el futuro que le permite un sencillo abandono ante las incógnitas del mañana, que le confiere la convicción de que detrás de todos los azares de la vida hay siempre una última razón de bien. Porque todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios (Rom. 8, 28) y por eso amamos apasionadamente el mundo, que es la viña que nos encomienda el Señor.

Como uno actúa como lo que es, el ser hijo de Dios comportará vivir como tal, estar dispuesto a serlo, a sentirse hijo y actuar en consecuencia en cada situación. Por eso, el amor será para el cristiano el fundamento de su vivir en el mundo. El hombre que se sabe hijo de Dios no pierde la alegría ni la serenidad. Su filiación le libera de tensiones interiores, y cuando por su debilidad se desencamina, será capaz de volver a Él, seguro de ser recibido por el Padre del Cielo.

Afirma el Papa Francisco que *"en cualquier situación de la vida, no debo olvidar que no dejaré jamás de ser hijo de Dios, ser hijo de un Padre que me ama y espera mi regreso. Incluso en las situaciones más feas de la vida, Dios quiere abrazarme, Dios me espera"* (Audiencia general, 11 de mayo de 2016). Y ahí tenemos también la certeza de la resurrección, donde el hombre se hace heredero de Dios al convertirse en coheredero de Cristo, hermano de Cristo y, por tanto, hijo de Dios, al que su Padre ha prometido el cielo y la tierra: *"Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra"* (Salmo 2, 8).

Conviene recordar la advertencia que nos hace San Pablo en la Carta a los Colosenses 2, 6-8: *"Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como le habéis recibido, enraizados y edificados en Él; apoyados en la fe, tal como se os enseñó, rebosando en acción de gracias. Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo"*.

Advertencia que claramente hizo Benedicto XVI, en su discurso a la Pontificia Comisión para América Latina (enero del 2007): *"Los hombres y mujeres de América Latina tienen una gran sed de Dios. Es por ello por lo que, cuando la fe no se alimenta de la oración y meditación de la Palabra divina; cuando la vida sacramental languidece, entonces prosperan las sectas y los nuevos grupos pseudo-religiosos, provocando el alejamiento de la Iglesia por parte de muchos católicos. Al no recibir éstos respuestas a sus aspiraciones más hondas, que podrían encontrarse en la vida de fe compartida, se producen también situaciones de vacío espiritual"*. A este respecto, recomendamos la lectura del capítulo de la Oración del Catecismo y un artículo sobre la filiación divina de don Fernando Ocáriz que se puede encontrar en <https://www.unav.edu/web/biblioteca-virtual/high>